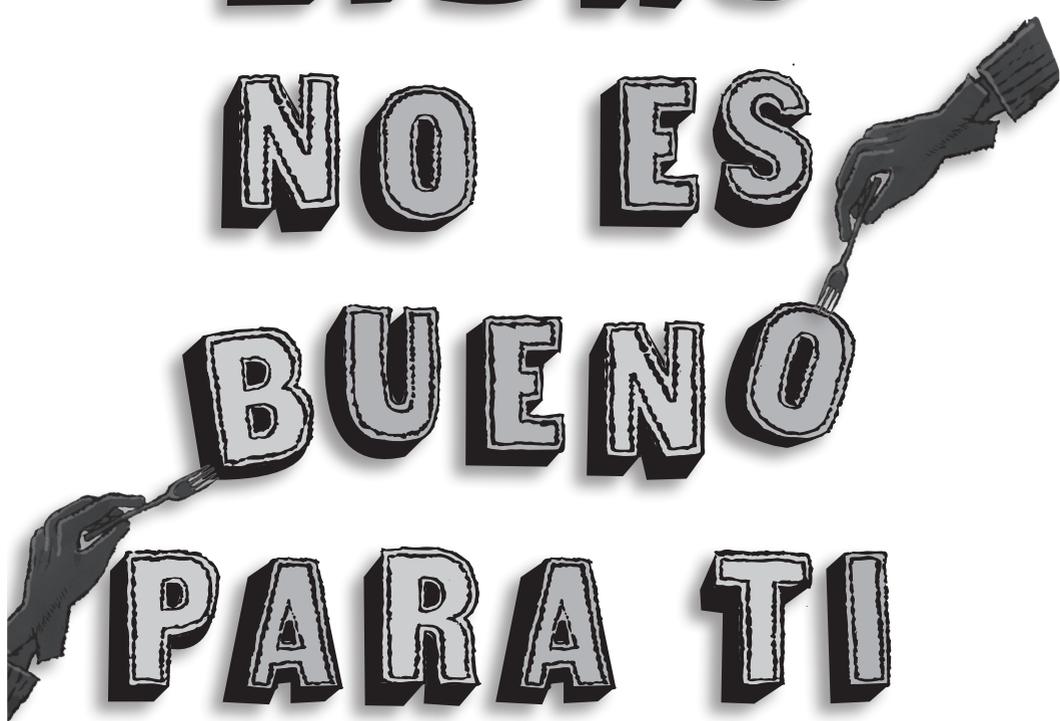


ESTE
LIBRO
NO ES
BUENO
PARA TI



por Pseudonymous Bosch



DiQueSÍ

© EDICIONES DIQUESÍ, S.L.

Diseño: Estelle Talavera

© de la traducción, María J. Gómez

novedad@edicionesdiquesi.com

www.edicionesdiquesi.com

ISBN: 978-84-941615-6-8

Depósito Legal: M-34689-2016

© Todos los derechos reservados 1ª Edición: Madrid 2016

Impreso en España por Estiló Estugraf S.L.

Copyright © 2007 by Pseudonymous Bosch

All rights reserved. Except as permitted under the U.S. Copyright Act of 1976, no part of this publication may be reproduced, distributed, or transmitted in any form or by any means, or stored in a database or retrieval system, without the prior written permission of the publisher. Little, Brown and Company Hachette Book Group USA 237 Park Avenue, New York, NY 10169

Visit our Web site at www.lb-kids.com

First Edition: September 2007

RRD-IN

Q-MT

Q-FF

WOR

CW

10 9 8 7 6 5 4 3 2

Los hechos y personajes contenidos en este libro son ficticios. Cualquier similitud con alguna persona real, viva o muerta, es accidental, y carece de intencionalidad por parte del autor.

Ninguna parte de esta publicación incluido el diseño de la cubierta, puede ser reproducida, almacenada o transmitida en manera alguna ni por ningún medio, ya sea eléctrico, químico, mecánico, óptico, de grabación o fotocopia, sin permiso previo del editor

A hand-drawn illustration of a door with a peephole and a sign. The sign reads "NO MOLESTAR". The door is shown in a perspective view, with a decorative border on the right side. The drawing uses black outlines and grey shading.

NO
MOLESTAR

M M M M M... M M M

...QUÉ RICO... SE DESHACE

PIZCA DE MORA... Y ESE

¿ESO ES CARDAMOMO?

MMMMMMMMMMMM... NO

DULCE... DEBERÍA PROBAR

¡A A A A A A A A A

A A A A A A A A A

M M M M M M M M...

EN LA BOCA... CON ESA

GUSTO A CANELA Y...

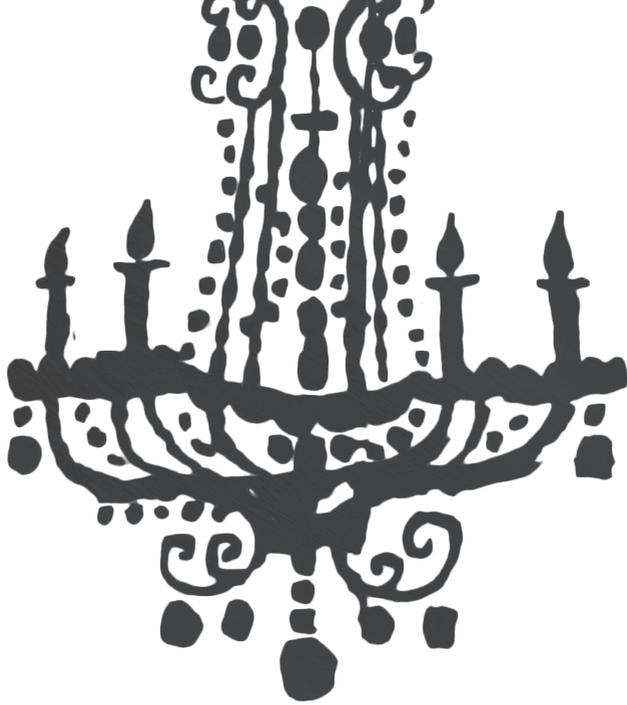
¿O TAL VEZ LICOR?...

EXCESIVAMENTE

OTRO TROZO...

A A A A A A A A

A A A A A A A H!



Ah, eres tú.
Menos mal.

Por un momento creí que eras... Bueno, da igual lo que creyera.

La cuestión es: ¿qué voy a hacer contigo?

Verás, no engo empo barati.

Perdona, tenía la boca llena. Lo que intentaba decirte es que no tengo tiempo para ti. Estoy muy ocupado. ¿No has visto el cartel de NO MOLESTAR?

¿Que qué estoy haciendo? Algo importante. Eso es precisamente lo que estoy haciendo.

Vale, si necesitas enterarte de todo te diré que estoy comiendo chocolate. Pero no es lo que parece, créeme. Es trabajo. Me estoy documentando.

Este libro va de chocolate. Y noe mustaría mescribiera... Perdón, no he podido resistirme a otro mordisco. Digo que no te gustaría que escribiera sobre algo que no conozco, ¿verdad?

¿Qué dices? ¿Que no esperas demasiado de mí?

Genial. Gracias por el voto de confianza.

Deja que te diga algo: ya no soy el mismo escritor asustado que conocías y no voy a aguantar tus tonterías. Ahora tengo otros lectores. Lectores agradecidos. Lectores que saben cómo tratar a un autor.

Mira esta enorme caja de chocolate extranegro, extracaro, extradelicioso que me estoy zampando ahora mismo.

No es por echarme flores, pero me la ha enviado uno de mis fans.

“Para P.B, el mejor escritor del mundo”, dice la nota.

¿Qué? ¿Que debe ser una trampa? ¿Que nadie diría eso de mí?

Vale, lárgate. ¡Ahora! De ninguna manera voy a ponerme a escribir este libro mientras tú te quedas ahí insultándome.

Te diré algo: sobre mi escritorio hay un capítulo que acabo de terminar. Se supone que va mucho más adelante, pero si quieres te dejo leerlo mientras yo... sigo documentándome.

Será como el prólogo, una especie de aperitivo, un bocadillo para preparar el paladar mientras llega el plato fuerte.

Y hablando de bocados, ¿qué chocolate probaré ahora? ¿El de turrón de caramelo o ese con cobertura de frambuesa?

Pito, pito, gorgorito...

CAPITULO QUINCE





Un pájaro metió la cabeza entre los barrotes de hierro y picoteó el brazo de la chica. Estaba cubierto de plumas de un color verde brillante, rojas en el pecho y amarillas en la cresta, y unos enormes ojos suplicantes.

–Paciencia, amigo mío –dijo la chica–. Caramba, ¡eres un pajarito muy glotón!

(En realidad hablaba francés, y lo que dijo fue: “Patience, mon ami. Zut alors, tu es un oiseau avide!”, pero la versión francesa es un pelín menos simpática).

Entre risas, la chica abrió su mano y le mostró un trocito de chocolate, del mismo color que su delicada piel.

El pájaro de lo tragó entero y la miró pidiendo más.

–Lo siento, es todo lo que pude sacar hoy.

El pájaro graznó, aunque es difícil distinguir si lo hizo para dar las gracias o para protestar, y se marchó volando, con su enorme cola ondeando al viento.

–¡Tú deberías traerme comida a mí! ¡Soy yo la que está en la jaula! –gritó la chica mientras el ave desaparecía en la densa jungla.

Abatida, se sentó en el montón de periódicos que le servían de cama, además de ser su único entretenimiento en aquella celda de cemento. Aquel pájaro era un plasta, pero sus visitas eran lo más emocionante del día. Ya no había nada que esperar.

–¡Parece viva! ¡Simone!

Uno de los guardas, la mujer grandota y sin una pizca de humor conocida como Daisy, se acercó a la verja.

—Te quieren ver otra vez.

“¿Ahora?”, se preguntó Simone. Había pasado solo una hora desde su último encuentro.

*

La esperaban en la Sala de Degustación.

Los tres, como siempre, sentados en las altas sillas de plata, tras la larga mesa de mármol. Con sus brillantes batas blancas. Y sus brillantes guantes blancos.

Nunca se habían presentado, pero ella decidió ponerles nombres: el hombre bronceado con el cabello plateado era Doctor, la hermosa mujer rubia con sonrisa gélida era Barbie y el hombre ciego tras sus gafas oscuras era Pirata.

Eran como un tribunal; como sus jueces.

Solo que, por extraño que parezca, esperaban juzgarla a ella.

La chica se sentó frente a ellos, en el pequeño banco de piedra; ese que la hacía sentirse como si midiera medio metro.

Siempre la misma rutina. Primero la obligaban a beber un vaso de agua; doblemente destilada para que no contuviera ningún trazo de mineral, según le habían explicado. Sin sabor alguno. Para limpiar su paladar.

Después, Pirata colocaba delante de ella un pequeño cuadrado de chocolate sobre un sencillo plato blanco.

Un *Palet d'or*, lo llamaba él. La almohada del oro.¹

Y entonces esperaban en silencio sus efectos.

Decían que aquella chica era una “superdegustadora”. Alguien con el doble de papilas gustativas en su lengua, aunque ella sabía que era más que eso.

1 Es más propio traducir *Palet d'or* como “paleta de oro”, pero “almohada de oro” me resulta mucho más romántico.

Desde que recordaba, era capaz de detectar imperceptibles variaciones de sabores.

–¿Esta miel es de flor de naranja o de trébol?

–De trébol.

–¿Mora andina o zarzamora?

–Grosella.

–¿Esto lleva tomillo o hierba luisa?

–Ninguno, sabe a citronella.

Era como uno de esos virtuosos que pueden interpretar una sinfonía de oído la primera vez que se sientan al piano. Tenía el gusto equivalente al oído absoluto.

En aquel momento, en aquella habitación, tan lejos de su casa, observó el *Palet d'Or*. Era tan oscuro como las tinieblas y de apariencia sedosa.

Con cuidado, dio un mordisco a una de las esquinas. Y cerró los ojos.

Durante semanas le habían dado a probar trozos cada vez más oscuros, algunos tan espesos y achocolatados que parecían barro. Otros con un sabor tan intenso que al paladearlos parecían provocar una descarga eléctrica.

Pero había algo más en este pedazo. Era como el ultra chocolate. La quintaesencia del chocolate. Era lo mejor que había probado en su vida.

Y lo peor.

Las lágrimas comenzaron a correr por sus mejillas mientras experimentaba toda una vida de emociones de golpe.

El sabor del chocolate (los sabores, mejor dicho, porque aquel chocolate sabía a infinidad de cosas) la devolvió a su infancia. A la granja de cacao que su familia tenía en el campo.

A modo de destellos, vio en su memoria las retorcidas raíces de los árboles de cacao y el olor a tierra húmeda...

Recordó las flores; aquellas flores rosas que brotaban cada año, no en las ramas... sino en los troncos de los árboles, como si hubieran sido víctimas de un florido ataque de sarampión...

Y visualizó las vainas... rojas y amarillas... como salvajes puestas de sol... Como si dentro guardaran esporas alienígenas o alguna poción de bruja malvada... Aunque lo que de verdad contenían era la pulpa dulce y pegajosa que a ella tanto le gustaba estrujar con sus manitas...

Y aquellos granos... No podía creer que la gente hiciera algo tan maravilloso como el chocolate con aquellas pequeñas semillas... Y pronto pudo distinguir entre una gran variedad con solo echar un vistazo... los delicados criollos... los purpúreos forasteros...

¡Qué feliz se sentía en la granja! ¡Qué segura!

Y entonces llegó aquel día terrible... Aparecieron tres glamurosos extraños... preguntando cómo sabía tanto de chocolates... alabando sus cualidades gustativas... ofreciéndola un futuro mejor...

Y entonces el llanto desesperado cuando la arrancaron de sus padres...

La forma gradual en la que se fue dando cuenta de que era una prisionera...

Que su vida no le pertenecía...

*

—¡Está funcionando! —exclamó Barbie—. Mírala a la cara.

—No parece que... reaccione —dijo Doctor más prudente—. Simone, ¿puedes decirnos qué estás saboreando? ¿Qué estás viendo?

—¡Sí! ¡Dinos! —gritó Pirata apretando sus puños enguantados—. ¿Por fin he encontrado la receta? ¿Es mi chocolate?

Simone abrió la boca para responder, pero...

De repente no podía ver. No podía oír. Ni siquiera sentía los brazos.

Todos sus sentidos habían desaparecido.

Quiso gritar pero su garganta no emitió ningún sonido.

¿Qué estaba pasando?

¿Qué cosa terrible acababa de comerse?



**PRIMERA
PARTE**



APERITIVO

CAPITULO UNO

